

Página para Melómanos

INCITACION A CULTIVAR EL "LIED"

Cada época tiene, en música como en otras artes, una floración especial, particular, de formas. Cada clima, cada período, estructura nuevas expresiones. No hay formas agotadas, pero hay—es lógico—caudales que fueron torrentes y hoy son acequias, y, al contrario, acequias de ayer que hoy son torrente. Hay, en la música, momentos de ribera, en que el río—centrador, surcador—llena de Naturaleza el paisaje, y hay, en cambio, momentos de jardín, en que bastan las fuentes—líricas, apagadas—para refrescar la atmósfera. No es sequía, no es agotamiento. A la ribera—espesa de árboles—le va bien la gravedad del río, y al jardín—cuidado, limpio—le está bien la gracia humilde de las fuentes. Y todo puede estar en el mismo recinto: abajo, los abetos y el río; arriba, las fuentes y los jardines.

El *lied* es una flor—bella—del jardín romántico. Se forma y se desarrolla bajo una temperatura templada, propicia. Cuando está ya bien lograda en pompa y en color vistoso, la mustia el estío de objetivismo de nuestra época. Hay un instante—en primavera—en que el jardín está encendido de perfume, nevado de primores, rico, lozano. Entonces es cuando trabajan en la bella labor cultivadora del jardinero Debussy, el jardinero Dupare, el jardinero Chausson.

El *lied* es, en la música vocal, una miniatura lírica. Se produce con Schubert, cuando el romanticismo fluye, y comienza en la sentimentalidad aldeana de los alemanes. Termina con Debussy, cuando el romanticismo se hace blando, sensual, desfalleciente, vagoroso. Wágner no es temperatura propicia: es demasiado fulgor, demasiado calor para el cultivo de jardines. Schubert es ribera. Wágner, selva. Debussy, jardín. En la exuberancia de la ribera, Schubert cuida de las violetas silvestres, las flores exquisitas, diminutas, ocultas en la intimidad del césped. Schubert es un botánico. Wágner ya no sabe de flores, sino de árboles. Grandiosidad de selva, hinchada de pompa, de espesura, de misterio. Potencia de dominador. Wágner es un ingeniero de montes. Y vuelve el descenso, la voz lírica. Debussy—recluso y limitado—trabaja con minuciosidad—en el recinto de un parque musical blando—las maravillas artificiales de una rosaleda. Debussy es un jardinero.

Pero después viene el clima frío—la invernada.—El romanticismo ha terminado. Vuelven huracanes. Tal vez nieve, y bajo la nieve queda sepultado el último canto lírico de la emoción. Viene, de nuevo, el sentido potencial, dinámico, plástico. Y el jardinero del *lied*, que era alma, sentimiento, que era devoción y suspiros, que era refinamientos botánicos y esmeradas delicadezas, desaparece bajo los hielos y los vientos fríos, duros, glaciales, de nuestra época.

Sin duda, el *lied* como relieve y caracterización histórica ha terminado. Del primer plano—expresión natural—ha pasado a una posición secundaria, accidental. Los músicos modernos no han podido superar—por el lado del *lied*—a los románticos. Muchos de ellos escri-

ben evocaciones. Otros, folklore. Algunos, canciones frías, artificiosas. Eva Gauthier dió, la temporada última, un recital de canciones. Un panorama moderno. Sin embargo, pudo observarse qué lejos estaba el público de la modalidad canción y, a la vez, qué lejos estaban esas canciones del temperamento actual, moderno, del público.

Y es que el *lied* fué, como toda miniatura, producto de reposo. Carece de proyección y de perspectiva. Es un trabajo minúsculo y, por lo tanto, cercano, inmediato y visible al ejecutor. Por ello, Schubert le cultiva bien. Schubert era un hombre sencillo, insignificante, casi anónimo, que aún no conocía la amplitud divagadora del romanticismo. Carecía de alas, de conciencia de vuelo, y esto le permitía desprenderse del futuro y entregarse libremente a la música que estaba en su mismo nivel popular. La canción estaba a la altura de sus ideas, como el pergamino para miniar debe estar casi al nivel de los ojos. De esta mutua correspondencia de altura nace la perfección del *lied*. Debussy—en otro extremo—tiene parecida posición. Como todo hombre exquisito, es hombre de reposo; es miniaturista, aun en las grandes obras. Sin aspiraciones vastas—tranquilo y recogido—se entrega al pulimento del medallón de un *lied* con fervorosa abstracción, con paciencia de monje renacentista, olvidándose de toda grandiosidad conceptual filosófica, y realzando así la atención por la humilde materialidad de la pequeña obra que se ejecuta.

Hoy, como se hace difícil la abstracción, se hace también difícil la miniatura. Ni espontaneidad schubertina, ni exquisitez debussysta. Dureza. Golpes. Doctrinarismo. Rebusca y ensayo. Movilidad, en suma. Atmósfera poco cómplice a los refinamientos vocales del *lied*. Simbólicamente: aún no hemos vuelto a la sala de conciertos. Estamos todavía en el gran local, "teatro", de Wágner. Sin tramoya, es cierto. Con unas simples decoraciones. Pero "teatro"—aún,—donde la pequeña canción naufraga en un ámbito enorme, desmedido.

Ahora bien: porque el rigor invernal mate a las flores, no vamos a dejar de cultivar las flores. Contra la adversidad del tiempo está la clemencia del invernadero—cobijo, refugio.—La temperatura es el hecho fatal, superior, dominador, como son las épocas. Las flores que no resistan los rigores de la temperatura tendrán que emigrar hacia los trópicos de los invernaderos.

Por el jardín del *lied*—hoy—trepan malos vientos. (Era primavera cuando Debussy cuidaba el parterre simbolista de Verlaine y el parterre clásico de Charles D'Orleans. ¿Qué falta hacía entonces la artificiosidad del invernadero? Clima benigno. Perfume. Un poco de ensueño de Oriente. Algo de gracia dieciochesca... Realmente, bajo la cristalería del cielo, todo el jardín tenía el reposo, el remanso de un invernadero. Estaba abierto al libertinaje de los vendavales, y, sin embargo, parecía protegido por muros invisibles. El jardín estaba bien cuidado por la pericia maravillosa de Debussy, pe-

ro estaba, al mismo tiempo, bien *guardado* por la temperatura propicia de la época).

En lucha contra el mal clima, sería absurdo pretender un invernadero que cobijase la vastedad del jardín. Lo lógico es hacer que el jardín se repliegue, se reduzca, se empequeñezca hasta caer en las proporciones de un invernadero. Así el *lied*. Sería imposible colocar una cristalería sobre un jardín. Pero, en cambio, es fácil, en medio de un paisaje adverso, construir un pequeño recinto de cultivo, acristalado y resguardado. A él se pueden llevar las macetas frágiles de la canción para que continúen viviendo en reducidos límites. Pero, bajo esta atmósfera artificiosa, ¿las flores del *lied* perderían los encantos de color que tenían cuando estaban en plena naturaleza? Acaso. Y tal vez ganarían otros primores inéditos. De todos modos, un invernadero se diferencia de un jardín en muchas particularidades, pero nunca en la calidad de las flores. A veces, en la mimada blandura del invernadero se producen magníficos ejemplares. Es muy posible que el *lied*, bajo estos mismos afectos de cuidado, diese también calidades de música no igualadas en el propio jardín romántico.

Todos los músicos debieran ser un poco jardineros líricos de este invernadero donde se ha reclinado el *lied*. Pero no es posible limitarse a la floricultura delicada. El músico de hoy, como todo artista actual, debe estar

en la intemperie, sujeto a las influencias decisivas de su época. Sólo en misión secundaria debe cultivar los refinamientos florales del invernadero, sin más alcance ni más propósito que el placer de producir pequeñas flores.

Los escritores modernos saben bien de esta actitud dual, varia, que se precisa para trabajar en planos de climas distintos. Para la labor dura, ellos son también duros, fuertes, violentos. A la hora de sembrar saben sembrar. A la hora de rezar saben también rezar. La mayor parte de estos escritores—de apariencia árida—cuidan secundariamente del jardín poético con esmerada delicadeza lírica. Para los románticos, una flor era un corazón, es decir, un mundo. Para los modernos, una flor no es más que una flor, es decir, una cosa bella, decorativa y secundaria, que se debe cuidar, pero que no se debe trascendentalizar.

Los músicos jóvenes debieran trabajar el *lied*, como los escritores modernos el poema: con devoción, pero sin importancia.

Una belleza que dura toda la vida...

este es el privilegio de las mujeres para quienes el uso de la Crema, de los Polvos y del Jabón Simon es un cotidiano rejuvenecimiento.

CRÈME SIMON

Las PÍLDORAS BLANCARD Y EL JARABE BLANCARD

APROBADOS POR LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARIS

BLANCARD
PHARMACIEN
64, Rue de
La Rochefoucauld
PARIS



Son el específico de:
**ANEMIA
CLOROSIS
DEBILIDADES
RAQUITISMO**

Los productos auténticos rigurosamente dosificados son los únicos inalterables y eficaces.

Blancard

TODAS PHARMACIAS.

“ELITE”

DISPONE DE UN MAGNIFICO TALLER PARA LO QUE UD.
NECESITE EN TRABAJOS TIPOGRAFICOS.